

fué hijo de Florisel y de Archisidea, y este de Flosaran de Misia, cuyas disparatadas aventuras ocupan, con las de su hijo, la mayor parte del libro. En el cuerpo de la obra el autor le llama indistintamente *Florismarte* y *Félix Marte*, lo cual explica por qué el licenciado Pero Perez, en el donoso escrutinio de la librería del hidalgo manchego, le llama de aquella manera.

Por el mismo tiempo (1545) se imprimía en Lisboa la *Cronica del valiente y esforçado don Florando de Inglaterra, hijo del esforçado principe Paladiano*, en cuatro libros, que se dicen traducidos del inglés. El autor, que no se nombra, cuenta en él las grandes y maravillosas aventuras á que don Florando dió fin por amores de la hermosa princesa Roselinda, hija del emperador de Roma; circunstancia que nos induce á creer que, tanto esté libro como el *Félix Magno* (1), que compuso en 1531 un criado de don Fadrique de Portugal, obispo de Sigüenza y virey de Cataluña, debieran quizá ser clasificados entre los de la Tabla Redonda, puesto que la escena de aquel pasa principalmente en la Gran Bretaña, y el héroe de este último fué hijo de Falangris, hermano de Lisuarte y de la reina Clarinea.

Otro libro hay muy notable, no solo por la crítica que de él hizo Cervántes, sino porque, continuado en varios tomos, forma una pequeña série de caballeros andantes como la de los *Amadises* y *Palmerines*; esto sin contar otra circunstancia, que no es para pasada en silencio, y es que algunas de sus partes se reimprimieron hasta dos veces, años despues de haber Cervántes anatematizado la caballería andante. Queremos hablar del *Caballero del Febo*, ó *Alphebo*, segun es llamado en la segunda parte, el cual fué hijo del emperador Trebacio, de quien descendía tambien Perion, rey de Gaula, el padre de Amadis. Imprimióse por primera vez en Zaragoza, en 1562, siendo su autor Diego Ortuñez de Calahorra, natural de la ciudad de Nájera. En 1580, Pedro de la Sierra, infanzon, vecino de Cariñena, en Aragon, prosiguió esta historia con los hechos de Claridiano, hijo del caballero del Febo y de la emperatriz Claridiana, así como los de Poliphebo de Tinacria. Tambien hay tercera y cuarta partes, divididas cada una en dos libros, y escritas ambas por un ingenio de Alcalá de Henares, y por último, Pellicer, en sus *Notas al Quijote*, cita una quinta, que no llegó á imprimirse, y se conservaba en su tiempo entre los manuscritos de la Biblioteca Nacional de esta corte.

Las mas notables de toda la série son, sin disputa alguna, la *tercera* y *cuarta*, obra, segun queda arriba indicado, de un vecino de Alcalá, que debió conocer á Cervántes, á la sazón estudiante en aquella universidad. Llamábase este nuevo continuador del *Caballero del Febo*, el licenciado Marcos Martinez, y su libro, dedicado á don Rodrigo de Sarmiento, duque de Híjar, se imprimió por primera vez en dicha ciudad en 1580. En una especie de introducción, imitada á la que Montalvo puso á sus *Sergas*, finge que paseando por la umbrosa orilla del Henares, oyó los lastimosos ayes de un pastor enamorado, llamado Polio Sincelo, que se quejaba amargamente de la dureza é insensibilidad de Delia, pastora allí presente. Esta, que era casada, aunque abandonada de su marido Tolomeo, le declara, por deshacerse de él, que no conseguirá su amor mientras no penetre en la cueva del sábio Anglante; pero Polio, que sabe que cuantos han intentado entrar en el retiro del mágico, otros tantos han perecido á sus manos, queda yerto al oír tan duras condiciones, se enfurece y se arroja sobre Delia; esta huye, y el irritado pastor la sigue en ocasion que, saliendo el autor del lugar en que oculto presenciaba aquella escena, se interpone entre los dos y derriba á Polio, que muere al punto de rabia y de celos. Prosiguiendo el autor su paseo, se encuentra con el mago Selagio, morador de la cueva del sábio Anglante, el cual, reconociendo en él al que, segun profecía de Artimodoro y Lirgandeo, sus contrarios, ha de ser causa de su muerte, resuelve quitarle la vida. Preparábase ya á ejecutar su intento, cuando se aparecen oportunamente los dos magos amigos en un carro cubierto de fuego y tirado por cuatro disformes animales. Tomando Lirgandeo la forma de un fiero grifo, combate con Selagio, transformado tambien en dragon, y le mata. Entonces los magos anuncian al autor que, Dios mediante, ha de ser él quien haga notorias al mundo las grandezas y proezas del bello Claridiano y de su primo Rosabel, descubriendo y sacando á luz ciertos manuscritos antiquísimos en que están consignadas; pero que como para ello le será forzoso combatir con los nueve mas preciados varones de la fama, que el astuto Selagio dejara en guarda de su castillo y de los libros encerrados dentro de un padron de mármol, conviene que vista unas armas muy fuertes que le dan, y que se ciña una espada de tal virtud, que en

(1) En la biblioteca Imperial de Paris se conserva manuscrito un libro intitulado: *Le Romant du Roi Marc, filz du Roi Felis*.

tocando con ella al enemigo, quede al punto vencido. Acomete el autor la temible empresa, y vencidos uno despues de otro los nueve preciados de la fama, entra en el castillo encantado, deshace el padron de mármol, y logra hacerse dueño de unos vetustos pergaminos, escritos mitad en latin y mitad en griego, en que se contienen las hazañas de Rosicler, Claridiano, Rosabel y otros principes nietos ó biznietos del grande emperador Trebacio.

Bien dijo Clemencin (1) que el *Caballero del Febo*, con sus cuatro partes, es uno de los libros mas pesados y fastidiosos que se conocen en su género, y á buen seguro que pocos habrá hoy día que puedan vanagloriarse de haber leído los tres tomos en fólío, de letra menuda, á dos columnas y cerca de dos mil páginas, que forman su historia y la de sus hijos y nietos hasta la cuarta generación. Es, en efecto, un sumario de cuantas puerilidades y disparates se habian escrito hasta entonces en materia de caballerías, como si sus autores, presintiendo la suerte que amenazaba á todos los libros de su clase, hubieran querido echar el resto en materia de absurdos y necedades. Los dos primeros, el de Ortuñez y el de Sierra, ni aun se recomiendan por el lenguaje; algo mejores son, segun ya dejamos dicho, los dos de Martinez, aunque tambien peca este autor por ampuloso y pedante, habiéndose propuesto imitar á Feliciano de Silva en sus alambicados razonamientos, así como en aquellas hinchadas descripciones del Sol, de la Luna y de los elementos, que aquel solia poner al principio de los capítulos, y que Cervántes supo tan bien remedar (2).

Distinto de este Alphebo, caballero del Febo, es otro Alphebo, llamado el *Troyano*, cuyas hazañas, juntamente con las de su hermano *Don Hispalian de la Venganza*, escribió el catalan Estéban Corbera en un pesadísimo libro, dedicado á doña Mencía Fajardo y Zúñiga, marquesa de los Velez, prometiendo al fin de él otro *segundo*, que afortunadamente no llegó á imprimir. Este caballero del Febo fué hijo del emperador Floribacio. Finge el autor en un extenso prólogo, tambien imitado al de Montalvo, que paseando una mañana por la playa del mar vió venir á él dos doncellas en un esquife, por las cuales fué llevado á una isla, donde el sábio Claridoro le dió unos libros, escritos en frigio lenguaje, para que los trasladase en castellano. Para muestra del encumbrado estilo de este escritor, que parece trató de remedar Cervántes en el capítulo segundo de la primera parte, pondremos aquí el principio del prólogo: «En el tiempo que el carro de la radiante illuminaria de la luz habia dado mil y quinientas setenta y seis vueltas, del día del nacimiento del verdadero Sol, que alumbra el mundo de las tinieblas de la culpa de los primeros padres; á la sazón que aquel agraciado tiempo del verano daba muestras de su tan alegre y risueña venida; ya los campos se comenzaban á poblar de muy olorosas y diversas maneras de flores, tomando la tierra cobertura de tantas y tan variadas colores, quanto para mas mostrar su fertilidad y gran abundancia eran necesarias, y el resplandeciente Febo llegava á la tercera parte de su acostumbrada corrida por el discurso del año, y los instrumentós del dios Eolo por las concavas y espantables cavernas de las ensalçadas rocas, su armonía con los apacibles ayres templavan la fuerça de sus discordes consonancias; y los poderosos mares tanta enemistad no mostravan con las faldas de las bravas montañas, que cubriendo la presuncion de sus ensalçadas ondas por los furiosos vientos del pasado invierno con forçosa fuerça movidos; ya el tiempo con su suavidad, los campos de nuevas y verdes libreas vestia, y los árboles las suyas aparejaban, y las aves celestes con dulces y alegres cantilenas el nuevo tiempo regocijaban con la melodia de sus picos y harpadas lenguas, los animales brutos de sus encerradas cuevas á sus naturales caças salian, y las aves de rapiña por los campos de la espera del aire con la fuerça de sus alas discurrían;» etc. (3).

(1) Tomo 1, pág. 11.

(2) Compárese el cap. xv, que empieza «Ya el dorado Titan», con los xiv, xx y xlv de la segunda parte del *Quijote*.

Todos estos escritores copiaron sin escrúpulo ni conciencia de ningún género lo que habian leído en otros libros de la misma clase; ni aun siquiera se tomaron el trabajo de alterar los nombres. El príncipe Rosicler hubo batalla con el gigante *Famongomadan*, rey de la insula *Defendida*; este tuvo un hijo llamado *Brandasidel*; los nombres de Lisarte y Madroco están copiados de Lisuarte y Matroco en el *Amadis*. Martinez, educado en Alcalá, quiere de vez en cuando lucir su

erudición clásica, introduciendo en su narración los dioses paganos, citando alguna vez á Homero y á otros autores, y sobre todo, intercalando versos de su propia cosecha, que, sea dicho de paso, son algo mejores que su prosa.

(3) Véase el párrafo que empieza «Apenas habia el rubicundo Apolo», etc., y otros varios del *Quijote*, en que Cervántes se propuso, á no dudarlo, poner en ridículo las afectadas y pomposas descripciones del amanecer, del mediodía, la noche, etc., con que los escritores de este linaje de libros solian adornar sus relaciones.

Al fin del tomo de Corbera hay sonetos laudatorios de Luis Alarín, José Roger, italiano, y Benito Sanchez

Aun pudiéramos decir algo del *Don Cironjilio de Tracia*, de Bernardo de Vargas; del *don Cristalian de España*, de doña Beatriz Bernal, dama principal de Valladolid, hija quizá del bachiller Fernando Bernal, que, según arriba dijimos, compuso la historia del buen *Duque Floriseo* y la de *Reymundo de Grecia*; del *Olivante de Laura*, de Antonio de Torquemada, secretario de los condes de Benavente, que el Cura mandó arrojar al corral por disparatado y arrogante; y por último, del *Policiusne de Beocia*, de don Juan Silva y Toledo; libros todos que, ó formaban la caballerescas librería de don Quijote, ó se hallan citados y aludidos en las inimitables páginas de aquella obra inmortal; pero nada sabríamos añadir á lo que de sus cofrades y compañeros dejamos ya sentado. Todos se parecen en el fondo, todos representan al vivo las cualidades propias de un buen caballero: valor intrépido en las batallas, amparo del oprimido y menesteroso, cumplimiento de la palabra empeñada, lealtad en los amores, galantería con las damas, cortesanía y comedimiento con los iguales, respetuosa veneración de los ancianos y mayores en estado, así como generosa condescendencia con los inferiores; en una palabra, cuantas dotes y cualidades constituían, á juicio de sus autores, un perfecto caballero; porque apenas se hallará uno que, al escribir tales libros, no declare ser su objeto é intencion enardecer los ánimos de los leyentes, é incitarlos á la imitación de aquellos modelos del mas cumplido caballerismo (1).

§ 6.º

Historias y novelas caballerescas.—Relaciones de santos.—Libros de caballería á lo divino.—Otros fundados sobre historia de España.—Traducciones é imitaciones del Orlando.

Natural era que las damas de aquellos tiempos, por mas guerreras y varoniles que las queramos suponer, se hastiasen pronto de lectura que tan poca variedad les ofrecía, y que, cansadas ya de tanto revés y mandoble, de tanto descomunal gigante, de tanto encantador malsin, apeteciesen un linaje de libros mas en armonía con sus sentimientos y ocupaciones. Así es que muy pronto se creó otra literatura, que, sin dejar de ser caballerescas y estar impregnada del espíritu del tiempo, como toda literatura necesariamente ha de estarlo, se ocupó menos de guerra y de militares proezas, y un poco mas de amor y galanteos. Tal nos parece fué el origen de la novela *caballerescas-sentimental*, que de presumir es fuere coetánea en España á los libros de caballerías mas antiguos; porque, al paso que estos, llamados generalmente crónicas, por referirse en ellos los altos hechos de algun rey, príncipe ó caballero andante, tienen estrecha relacion y semejanza con las crónicas semicaballerescas de aquella edad; así estos, conocidos con el título, mas modesto, de historias, tienen mas parentesco con la novela griega y latina, y representan la vida doméstica mas bien que la de los campamentos. Eran aquellos en folio, estos en cuarto ú octavo; mas propios por su tamaño y contenido para el bello sexo. Comprendidos pues bajo la denominacion general de *historias*, pueden dividirse en varios géneros, según el elemento que mas en ellos predomina, ya sea el caballeresco, ya el amoroso-sentimental, y ya, por fin, el moral-religioso, que tambien se mezcló de muy antiguo á la composicion de este linaje de libros. De la novela caballerescas-sentimental, muy cultivada en España durante todo el siglo xv, se pueden citar varios ejemplos, como son: el *Arlindier y Liesa*, de Juan Rodriguez de la Cámara, por otro nombre del Padron; *La Cárcel de Amor* y el *Arnalte y Lucenda*, de Diego de San Pedro; el *Flores y Blancaflor*, del sevillano Juan de Flores, que tambien escribió el *Aurelio é Isabela*, y el *Grisel y Mirabella y la Disputa de Bra-*

Galindo, en loor del autor y de su obra, y de la ciudad de Barcelona, su patria. De Estéban Corbera hemos visto manuscrita una historia de Nápoles ó Sicilia, principalmente bajo la dominacion de los aragoneses.

(1) Téngase, sin embargo, en cuenta que, á medida que las costumbres se fueron modificando, varió tambien este, que pudiera con razon llamarse el «decálogo del Caballero»; así es que Salas Barbadillo, en sus dos novelas del *Caballero perfecto* (1620) y *Caballero puntual* (1614), presentó un modelo muy distinto á la

consideracion de sus lectores. Tambien merecen estudiarse el *Cortésano*, de Boscan (1539), el *Galateo*, de Giovanni de la Casa, traducido al castellano por Bezerra (1585), el *Enchiridion*, de Erasmo, que vertió á nuestro idioma en 1529 un anónimo, y por último, el curiosísimo libro escrito en italiano por monseñor de Sabaa y traducido por Francisco Truchado (Baeza, 1585); esto sin contar los infinitos que sobre educacion ética, y regimiento de príncipes y caballeros se compusieron en los siglos xvi y xvii.

zayda y de Torrellas; la bellissima historia de *Peregrino y Ginebra*, y las no menos tiernas de *Paris y Viena* y de *La linda Melosina*, traducidas libremente de la lengua francesa.

Otras, como la de *Enrique, fi de doña Oliva*, la de *Partinoples, conde de Bles*, y la de *La infanta Sebilla*, conservan algo mas el espíritu guerrero y rudo de la edad media; al paso que las de *Roberto el Diablo* y *Guillermo de Inglaterra* son morales y ascéticas en el fondo. Ni faltan en esta literatura ejemplos de la novela legendaria y aun de la oriental, como son, por una parte, las historias ó relaciones de santos, y las vidas de san Amaro, san Adrian, santa Genoveva, santa Lucía, san Alejo, la *Escala del Cielo* y otras obras de carácter místico y tradicional (1), y por otra, *Los siete sábios de Roma* y la *Doncella Teodor* (2).

Mas muy pronto la literatura caballerescas, bajo cualquier forma que se manifestase, habia de sufrir rudos ataques por parte de escritores encargados de dirigir las conciencias, ó que tomaron sobre si el cuidado de moralizar al pueblo. Ya al rayar el siglo xvi se habia despertado en Europa, y principalmente en España, cierto misticismo religioso, que contrastaba singularmente con el sensualismo italiano, y prometia ser, como lo fué mas tarde, barrera impenetrable contra doctrinas nuevas y perniciosas. En todas partes la opinion de los doctos se pronunció contra este género de lectura, y en nuestra España particularmente apenas se hallará moralista del siglo xvi que no truene y declame contra las ficciones caballerescas, considerándolas como perjudiciales en sumo grado, y como un germen de corrupcion para las costumbres. En los confesonarios, en las obras ascéticas y morales, en los diferentes tratados de ética y politica publicados en aquel siglo, se hallarán muestras patentes de esta especie de cruzada religiosa y literaria. Pero la seca invectiva y severo raciocinio de autores graves, como Luis Vives, Malon de Chaide, Alejo Venegas, fray Luis de Leon y otros, eran débiles reparos contra un mal tan generalmente extendido y profundamente arraigado, y así es que sus eruditas declamaciones produjeron poco ó ningun efecto; porque, ¿cómo habian de influir en un pueblo que ni las leía ni las comprendía, y que, por otra parte, se recreaba con semejantes ficciones? Al inmortal Cervantes estaba reservado el aniquilar de un solo golpe los libros de caballerías, empleando contra ellos las poderosas armas del ridiculo, y dirigiéndose á la sensatez del mismo pueblo por medio de otro libro ameno, sencillo y al alcance de todas las inteligencias.

Viendo que no era fácil luchar en este punto contra el torrente de la pública opinion, los teólogos y moralistas del siglo xvi idearon el atacar aquella literatura en el fondo, ya que la forma permaneciese la misma; inculcando bajo ficciones caballerescas los sanos principios de la religion y de la moral, á la manera que la epopeya sagrada se fundó sobre lo mitológica de griegos y romanos. Tal debió ser el principal causante de los «libros de caballerías á lo divino». El mas curioso y característico de estos es, á no dudarlo, el intitulado *Caballería celestial*, en dos partes; impresas en 1554, en Anvers la primera, la segunda en Valencia. Su autor, llamado Jerónimo Sanpedro (3), fué natural de esta ciudad, y dedicó su obra á don Pedro Luis Galceran de Borja, maestre de Montesa. En la epístola proemial al benévolo lector, dice que, hallándose tan estragado el gusto de aquellos tiempos en materia de lectura, las gentes dejaban la dulce y provechosa leccion de la Sagrada Escritura por la de libros profanos y á las costumbres perniciosas. Que conociendo cómo él mismo,

(1) Estas relaciones de santos, entre las cuales hay muy disparatadas, como: *La vida del bienaventurado san Amaro*, y *los peligros que pasó hasta que llegó al Paraiso Terrenal*, de la que tenemos á la vista una edicion hecha en Búrgos, por Juan de Junta, á 20 de febrero de 1552, 4.º, letra de Tórtis, no forman, estrictamente hablando, parte de la literatura caballerescas, aunque, por otra parte, están fuertemente impregnadas de su espíritu. Así pues no han sido incluidas en el *Catálogo*.

(2) Acerca de la *Doncella Teodor* ya dijimos en otro lugar que nos parecia traduccion del arábigo (*Ticknor*, tomo II, pág. 554). Posteriormente hemos adquirido un códice castellano de letra de mediados del siglo xv, que, entre varios tratados, como es el libro del *Bonium*, atribuido á don Alonso el Sábio y otros, contiene la *Histo-*

ria de la Doncella Teodor, al parecer vertida del arábigo, en cuya lengua se escribió, según allí se expresa, para el miramamolín de Africa, Abomelique Almanzor. La escena pasa en Babilonia, y la doncella es hija de un mercader de dicha ciudad.

(3) *Hieronym Sempere* se llama este autor en otras obras suyas, y así debió escribir su nombre, siendo, como fué, valenciano; mas, castellanizados su nombre y apellido, como lo están en la *Caballería celestial*, resulta «Jerónimo Sampedro», y se comprueba que el autor de la *Carolea* y el de este libro de caballerías son uno mismo. Ni Fuster ni Ximeno tuvieron noticia de esta obra, que tambien desconoció Nicolás Antonio. Véase lo que ya dijimos en las notas al *Ticknor*, tomo I, pág. 524.

ciego por ciegos guiado, iba cayendo en el atolladero de su engaño, dió vuelta sobre su pensamiento, y determinó escotar el tiempo gastado en vanas lecciones, empleando el que le quedaba en escribir historia verdadera. «Pero advirtiendo, añade, que los que tienen acostumbrado el apetito á las lecciones ya dichas no vernian desseos al vanquete destas, aviendo de pasar de un extremo á otro, propuse les dar de comer la perdiz desta historia, alborozada con el artificio de las que les solian caer en gusto, porque mas engolosinándose en ella, pierdan el sabor de las fingidas, y aborreciéndolas, se ceben de esta, que no lo es. Para que despues de este pasto, como suelen algunos padres recitar á sus hijos las patrañas de los caualleros de burlas, les cuenten y hagan leer las maravillas de los guerreros de veras.... donde hallaran trazada, no una Tabla Redonda, mas muchas; no una sola aventura, mas venturas diversas; y esto no por industria de Merlin ni de Urganda la Desconocida, mas por la divina sabiduria del verbo hijo de Dios. Tambien verán, no al maestro Elisabad, diestro en la corporal cirugia, pero muchos cirujanos acuchillados por la experiencia de su milicia, los quales con los unguentos de su santo exemplo sanarán á los heridos sus espirituales heridas. Hallaran tambien, no uno solo Amadis de Gaula, mas muchos amadores de la verdad no creada; no un solo Tirante el Blanco, mas muchos tirantes al blanco de la gloria; no una Oriana ni una Carmesina, pero muchas santas y celebradas matronas, de las quales se podrá colegir exemplar y virtuosa erudicion. Verán assi mesmo la viveza del anciano Alegorin, el sabio, y la sagacidad de Moraliza, la discreta donzella, los quales darán de sí dulce y provechosa plática, mostrando en muchos pasos desta *Celestial caualleria* encumbrados misterios y altas maravillas, y no de un fingido cauallero de la Cruz, mas de un precioso Christo, que verdaderamente lo fue.»

El trozo que acabamos de copiar nos dispensa casi de dar razon de esta notable obra y analizar su contenido, puesto que en él la intencion de su autor se manifiesta bien á las claras. Está el libro dividido en ciento doce maravillas, ó sean capitulos, comenzando con la creacion del mundo, y concluyendo con los hechos de Ezequias y el anuncio profético de la venida del Salvador bajo el nombre figurado de *Caballero del Leon*; de manera que contiene, por decirlo así, toda la historia sagrada del Viejo Testamento, puesta en estilo de la andante caballeria y parodiando (1) los libros de este género. Continuó Sanpedro su *Caballerta celestial del Pié de la Rosa Fragante*, con otro libro no menos notable, intitulado *Hojas de la Rosa, etc.*, que se imprimió en Valencia en 1534; prosiguiendo en el mismo estilo y forma las historias del Nuevo Testamento (2), amenizando su narracion con no despreciables versos, y valiéndose además para ello de sierpes, basiliscos, enanos, encantamientos y cuantos recursos imaginativos habian antes empleado los escritores de caballerias (3); pero algo debió encontrar en el texto la Inquisicion; siempre vigilante y suspicaz, para que un libro de este género, impreso en España, mereciese, á pesar de las buenas intenciones de su autor, ser marcado al *Índice expurgatorio* (4).

El *Caballero del Sol*, de Pedro Hernandez, sacerdote natural de Villahumbrales, en la diócesis de Palencia, es otro de los libros escritos con el loable fin de proporcionar saludables ejemplos, al propio tiempo que sabrosa lectura á los aficionados á este género de literatura (5). Es la Prudencia la que, á instancia y ruego de la natural Razon, escribe los trabajos que el caballero del Sol sufrió en defensa de la misma Razon, perseguida por la Malicia, pintando con vistosos colores las varias escenas de la humana peregrinacion. Ya en el primer tercio del siglo XIV se habia escrito en verso francés (6) una obra bastante parecida en el fondo, que, traducida mas tarde al castellano,

(1) Estas parodias son muy comunes en nuestra literatura, como la *Clara Diana*, de Ponce (1584); el *Boscan á lo divino*, de Sebastian de Córdova (1577), y otras que podrian citarse.

(2) La alegoría principal se refiere al Salvador y ocupa setenta y cuatro capitulos, de los ciento y uno que componen esta parte. En ella Jesucristo está representado bajo el disfraz y nombre de *Caballero del Leon*; los doce apóstoles son los doce pares, ó los doce de la Tabla Redonda; san Juan se llama el *Caballero del Desierto*, y Lucifer el *de la Sierpe*. Puede verse el análisis de este extraño libro en *Ticknor*, tomo 1, página 258.

(3) El autor prometió otra tercera parte con el título de *Flor de la Rosa*, que no se llegó á imprimir. A imitacion de la *Caballeria celestial*, se escribieron luego otros libros con el mismo fin laudable y con títulos bastante análogos, como son: La *Caballeria cristiana*, de fray Jaime de Alcalá, impresa en Alcalá en 1570, y el *Caballero de la Clara Estrella*, Sevilla, 1580.

(4) Véase el de 1667, á la pág. 863.

(5) Hay dos ediciones de este libro, ó mas bien una misma con distintas portadas. Véase el *Catálogo*. Tradújose al italiano por Pietro Lauro (1557) y tambien al francés.

(6) El autor fué Guillaume de Guilleville; imprimióse

se imprimió en Tolosa de Francia en 1490; la misma que el escritor palentino parece haber tomado por modelo, ya que no se propusiese seguir el plan é intencion de otra escrita en latin por Leon Baptista Alberti, y traducida tambien á nuestro idioma por Agustin de Almazan (1). El héroe es español y nacido en España, bello en el rostro, bien proporcionado en los miembros, de noble y claro linaje engendrado; el autor (la Prudencia) calla su nombre y el de sus padres. Criado á los pechos y en el regazo de su madre, á la edad de siete años fué tomado y entregado á un sábio varon para ser educado en las artes liberales, alcanzando luego en otros siete años, por la diligencia del maestro y su mucha aplicacion, gran parte de la gramática, retórica y filosofia; pero como el principal intento del padre fuese enseñarle en el arte militar, en que él habia gastado la mayor parte de su vida, llevóle á la corte de Carlos V, del cual no poco fué amado, y de los grandes y altos hombres de su corte estimado. Pero de repente, iluminado su entendimiento con las luces de la Razon, le vino en mientes salirse de la corte, y peregrinar por los campos en busca de aventuras; dejar el bullicio de tantas conversaciones, y escoger la soledad; olvidar los pasatiempos y el regalo, y buscar los trabajos y aspereza; desechar los delicados paños de brocado y sedas, y vestirse las fuertes armas; dejar la renta ganada, é ir á buscar la fama perdida; desamparar la ociosidad, en que nace el vicio, y procurar el trabajo y afán, que engendran la virtud.

La obra toda es una alegoría ingeniosamente trazada. El caballero del Sol y un su amigo, llamado Gelio Roseo, á quien encuentra acaso en el castillo de Atilonio, el gigante del rio Sangriento, acometen grandes aventuras, deshacen fuertes encantamientos, y pelean victoriosamente contra los vicios, personificados por descomunales gigantes y desleales caballeros. El estilo es propio y castizo, sin esa afectacion ridicula que tan en boga puso Feliciano de Silva, y tan imitada fué por los escritores de este género; los versos, motes é invenciones de que la narracion está oportunamente salpicada, manifiestan que el autor estaba dotado de no vulgar ingenio (2).

su obra ó parte de ella en Leon de Francia en 1485, con el título de *Pelerinage de la vie humaine*. El traductor español fué fray Vicente Mazuelo, quien intituló su obra el *Pelegrino de la vida humana*, y no el *Pelegrinaje*, como equivocadamente dice el padre Mendez en su *Typographia española*, pág. 323.

(1) *El Momo. La moral y muy graciosa historia del Momo, etc., trasladada al castellano por Agustin de Almazan, hijo del doctor Almazan, médico de su Majestad*. Alcalá de Henares, en casa de Juan Mey Flandro, año de 1553, á 10 de enero, folio, letra de Tórtis.

(2) Para muestra del estilo y forma que estos escritores guardaban en sus libros, copiaremos el capitulo II de esta obra: «*De lo que avino al cavallero del Sol con los dos caballeros que llevaban un cavallero en un carro preso*.—Ya las tinieblas de la pasada noche, con la venida de los palidos rayos de la hermosa mañana desaparecian, quando el novel cavallero, habiendose despedido de sus amigos, armado de fuertes armas, y sobre un negro y gran caballo, con solo un escudero al camino se pone: tomando por aquella parte que mas le placia, y á las veces por donde su caballo lo guiaba. De las armas vos digo que eran blancas, partidas con unas rayas de oro: sembradas estrellas unos manojos de doradas saetas, y unas medias y pequeñas lunas azules. De su cuello pendia un fuerte y bien compasado escudo, el campo azul con un dorado sol que en medio de él resplandecia. Desta manera seguia su voluntario desierto y su incierto camino el cavallero del Sol, que assi lo llamaron por el sol que traia en el escudo; aunque él queria llamarse el cavallero Destrado: porque de su patria se habia de su voluntad desterrado. Por espacio de diez dias caminó el cavallero

del Sol, que cosa que de contar sea no le avino, y á el undecimo dia, cuando el encumbrado sol su mayor hervor mostrava, caminando por una pequeña senda de una espesa floresta; llegando á un camino que de través se hacia sintió ruido de caballos y voces de gentes que con priesa caminaban. A poco rato vió como diez villanos, guarnecidos con capellinas y corazas y hachas, que delante un encubertado carro venian: al qual dos armados cavalleros seguian. Pero como el cavallero del Sol atendiese con deseo de saber lo que en el carro venia, el mayor de los caballeros desta manera sus palabras le envia: «Caballero, ¿por ventura teneis vos cuidado de registrar los que pasan por esta floresta, ó cogois vos el pasaje de esta via? ¿Por qué no seguis vuestro camino, y dejais de estar en atalaya para dar cuenta de lo que pasa? Yo pienso que la priesa que nosotros llevamos deveys vos de tener de vagar y espacio, pues tan asegurado estais.—Por cierto, dijo el cavallero del Sol, segun vuestras desmesuradas palabras, lo que yo por cortesia de vos queria saber, ya lo tengo entendido; ca algun preso deveys llevar en el cubierto carro, pues vos no quereis que nayde lo vea: porque siempre veo los que malhazen aborrescer la luz y la compañía, y amar la soledad y la tiniebla. Por ende, ó me descubrid y dad razon de lo que va en el carro, ó conmigo, aunque descuydado, sois en la batalla.—Andad adelante con el carro, hermano, dixo el cavallero de la Floresta, ca presto entiendo librar este pleito y seguir.» Sin mas aguardar, y tomando del campo lo que les pareció, al mas correr de los caballos, las lanzas bajas, se vinieron á encontrar en medio de la via, de tal poder y fuerza, que las lanzas fueron partidas en muchas piezas; pero el cavallero de la Floresta hobo faldado el escudo y la loriga y fué herido en los pechos de

Al *Caballero del Sol* siguieron de cerca el *Peregrino*, de fray Alonso de Soria (1601); el *Assisio*, de fray Gabriel Mata, que aunque en verso, y relativo á la vida de san Francisco de Asis, puede en rigor incluirse en esta seccion; y otros mas, que podrán verse en nuestro *Catálogo*, si bien estos últimos son mas devotos que morales, y se ocupan mas de religion que de costumbres. Estas y otras obras, escritas con igual objeto, debieron influir, aunque lentamente, en el ánimo de los lectores, y labrar el descrédito en que la literatura caballeresca se hallaba ya cuando á Cervántes le vino en mientes el darla el golpe de gracia. Mas ya habian desaparecido de la escena los libros de caballerías, con sus varios y diferentes agregados, sufriendo en muchas partes de nuestra península suerte igual á la de la librería del hidalgo manchego (1), y aun estaba la literatura nacional de tal manera impregnada de su espíritu, que los escritores dramáticos del siglo xvii tuvieron á menudo que echar mano de sus fabulosos argumentos para captarse la benevolencia y favor del público. La *Gloria de Niquea*, de Villamediana; el *Palmerin de Oliva*, de Montalvan; el *Marqués de Mantua*, el *Nacimiento de Urson y Valentin* (2) y la *Doncella Teodor*, de Lope; *La muerte de Baldoños*, burlesca, de Cáncer; el *conde d'Irlos* y el *Nacimiento de Montesinos*, de Guillen de Castro; el *Caballero del Febo*, de Rojas, y la *Mesa Redonda*, de Luis Velez de Guevara (los dos últimos autos sacramentales), son otros tantos ejemplos que pudiéramos acrecentar aun, si tal fuese nuestro propósito, de la facilidad con que nuestros mas insignes escritores dramáticos echaban mano de asuntos caballerescos; prueba para nosotros evidente y segura de que aun vivia en el pueblo la memoria de aquellos héroes imaginarios, y que la reforma hecha por Cervántes no fué tan completa y radical como á primera vista pudiera creerse. Porque, si bien es verdad que luego se dejaron de imprimir, y sobre todo de escribir, *libros de caballerías*, y que el *Quijote* vino á dar al traste con los restos de aquel espíritu caballeresco que aun bullia en las cabezas de rancios y encofetados hidalgos, viviendo en pueblos oscuros de la monarquía, tambien lo es que el pueblo bajo, mas fiel á sus creencias y tradiciones, retuvo tenazmente ideas que por espacio de siglos habian hecho su ocupacion y su delicia, y que tanto armonizaban con sus sentimientos y costumbres.

Por causas análogas, y tal vez enlazadas con alguna de las anteriormente expuestas, los héroes nacionales volvieron á ser en el siglo xvi el tema favorito de la literatura popular, y el Cid, Ferrant Gonzalez, Bernardo del Carpio, los Siete Infantes de Lara suministraron materiales para multitud de libros, fraguados exclusivamente para el pueblo. Hemos aludido ya en otro lugar á la *Cró-*

una mortal herida, aunque no vino á tierra, pero hobo perdido los estribos. El caballero del Sol pasó por él sin hacer ningun reves; pero como aquel que tenía muchos enemigos delante, viendo que le hacia menester poner toda diligencia y esfuerzo por vencer, en un punto vuelve sobre el caballero de la Floresta, y antes que en su entero acuerdo tornase, le hiere de tan pesados golpes por cima del yelmo, que del todo sin acuerdo vino á tierra, donde en breve espacio fué muerto. Ya el otro caballero en la fuerza del caballo, la lanza baxa, contra el caballero del Sol venia; pero como aquel en que no avia punto de cobardía, lo sale á recibir, el escudo embrazado y la espada alta. El caballero de la Floresta encontró al caballero del Sol en soslayo del escudo, y la lanza no prendió, y el golpe salió vacío. Pero topandose de los dos cuerpos, el caballero del Sol le hirió de su espada por encima del hombro izquierdo, y le cortó las abrazaduras del escudo y lo hirió de una pequeña herida. El caballero del Sol, con la presteza de su caballo, volvió sobre él y le comenzó á cargar de duros y espesos golpes; porque el caballero de la Floresta, como el escudo hobiese perdido, poca defensa hacia, que así se revolvia de unas partes á otras, como la oveja que huye del lobo. En tal manera lo comenzó de herir el caballero del Sol, que en pequeña pieza lo traya tan cansado, que á pocas cayera del caballo; lo qual como bien sintiese el caballero del Sol,

alzandose sobre los estribos y echando el escudo á las espaldas, tomando la espada á dos manos, lo hirió por cima del yelmo de tal golpe, que armadura ninguna le prestó que no fuese mortalmente herido y viniese á tierra; » etc.

(1) De varios pasajes de una curiosísima representación que los libreros del reino hicieron, en 1664, al consejo de Castilla, en solicitud de que se les dispensase del pago de alcabala, se deduce que la destrucción de *libros caballerescos*, verificada despues de publicado el *Quijote*, fué enorme. En unos apuntes manuscritos que don Fernando Arias Quijano, caballero de Alcántara y vecino de Cáceres, dejó en 1632 á sus hijos, don Juan y don Enrique, y que hemos visto originales, se encuentra un hecho que lo comprueba. Dice que habiendo ido á Salamanca á estudiar cánones y teología por disposicion de sus padres, á su vuelta, en 1623, halló que unos libros de caballerías y otros de entretenimiento, á cuya lectura habia sido muy aficionado en su mocedad, habian sido entregados á las llamas. «Diólos mi madre y señora, doña Jacinta Arias, á Periquin el molinero para que los quemase, y yo lo sentí, por cuanto entre ellos habia algunos de poesía, que no merecian tan negra suerte.»

(2) El argumento de esta comedia lo tomó Lope de un libro caballeresco francés, intitulado *Valentin et Urson*.

nica de Don Rodrigo, escrita á principios del siglo xv, que no tiene de historia mas que el nombre de este rey, y en la que se introduce, aparte de otros muchos incidentes caballerescos, un torneo de los reyes de Africa, Inglaterra y Polonia, y duque de Orleans; en la que un caballero, llamado Sacarus, defiende un paso, como lo harian en el siglo xv Suero de Quiñones y Ruy Diaz de Mendoza. Otro tanto puede casi decirse de la *Crónica caballeresca de don Pedro Niño*, en la que Gamez creyó deber ingerir las conquistas de Alexandro, las de Nabucodonosor y Julio César, la historia de Salomon y la aventura de don Rodrigo en la cueva de Hércules, incidentes todos extraños al asunto, y que revelan el espíritu eminentemente caballeresco de su época (1).

Pero al fin concibese muy bien que los autores de estas y otras crónicas, fieles al espíritu que dominaba en su tiempo, no pudiesen prescindir de adulterar la historia con caballerescas invenciones; lo que no se explica tan fácilmente es que al principiarse el siglo xvii, y cuando aquel linaje de literatura se hallaba en plena decadencia, un franciscano, llamado fray Estéban Barellas, predicador insigne y muy considerado en su orden, publicase una supuesta historia de dos condes de Barcelona que jamás existieron, llena de patrañas y aventuras caballerescas, tan extrañas y fantásticas como las que Feliciano de Silva introdujo en sus varias obras; con una circunstancia mas, y es que el autor con poca seguridad y confianza dedicó su tomo «al illustre senado de los señores diputados de Cataluña», y que los aprobantes de él, todos personas doctas y muy encumbradas en la jerarquía eclesiástica, le calificaron de «obra muy útil y provechosa (2)». Por eso los autores que en el siglo xvi y xvii confeccionaban para el pueblo la única historia que siempre ha leído y sigue aun leyendo, y que pudiera con propiedad ser llamada *historia de cuerda ó de esquina* (3), escogian y entresacaban con cuidado aquellos incidentes maravillosos, aquellas sorprendentes aventuras, aquellos combates con moros infieles, aquellos rasgos de acendrado patriotismo y nunca desmentida lealtad, que matizan, como otras tantas flores, el variado campo de nuestra historia nacional, y que las generaciones se han ido transmitiendo unas á otras por medio de cantares ó romances.

Aun comprende nuestro *Catálogo* (4) una quinta y última clase, que abraza los *libros de caballerías en verso*, y *epopeyas caballerescas* traducidas ó imitadas del italiano. Es naturalmente la mas pobre de todas. Nuestras conquistas nos familiarizaron de buen hora con la literatura de Italia, siendo varios y diferentes los géneros de allí venidos y adoptados por nuestros ingenios, entre los cuales no es por cierto el menos importante la *epopeya caballeresca*, en que tanto se distinguieron los poetas de aquella nacion. El *Orlando* se tradujo á nuestra lengua por tres diferentes autores; Mateo Boyardo y Ludovico Dolce hallaron igualmente intérpretes castellanos; el médico Huerta escribia su *Florando de Castilla*, y Gomez de Luque *El Príncipe Celidon de Iberia*, en octava rima; Barahona de Soto y Lope de Vega daban tambien muestras de su ingenio en este género. Pero estos libros, compuestos desde un principio por doctos y para los doctos, no hallaron favor entre el pueblo; escritos en una clase de metro á que este no estaba acostumbrado, no arraigaron bien en nuestro suelo, y fueron pronto reemplazados por la epopeya histórica y cristiana.

Hemos examinado, en cuanto nos lo permitian los cortos medios y breve espacio de que podiamos disponer, los varios elementos de que estuvo compuesta la llamada *literatura caballeresca*, literatura cuyo tronco arranca de las profundidades de la edad media, y esparce sus ramas y derrama su influencia casi hasta nuestros dias. Vémosla primero, fuerte y robusta, invadir la Europa

(1) Todos los cuales creyó deber suprimir don Eugenio Llaguno y Amírola, al publicar por primera vez, en 1782, *El Victorial*, ó sea la *Crónica de don Pedro Niño, conde de Buelna*, con lo que, á nuestro modo de ver, le quitó mucha parte de su interés y colorido local.

(2) *Centuria, ó historia de los famosos hechos del gran conde de Barcelona, don Bernardo Barcino, y de don Zinofre, su hijo, y otros cavalleros de la provincia de Cataluña*. Barcelona, por Sebastian Cornellas, año de mdc (1600). Consta la obra toda de 202 capítulos, y es de lo mas disparatado y absurdo que hay escrito en el género histórico-caballeresco á que pertenece.

(3) «Historia de plaza,» la llamaba un crítico del reinado de Carlos III, bien conocido por autor de una publicacion periódica, intitulada *El Belianis literario*.

(4) La division que hemos adoptado nos ha parecido la mas conveniente, si bien puede tener sus defectos; algunos de los libros incluidos en una ú otra seccion no los hemos visto, y otros no hemos tenido tiempo de leerlos y examinarlos; y si se considera que de los quinientos ó mas artículos ó ediciones diferentes de que se compone nuestro *Catálogo*, tan solo unos cuarenta se encuentran en nuestras bibliotecas, bien será de disculpar cualquier error que en tan confuso é intrincado ramo de bibliografía española hayamos cometido.

toda y arraigar poderosamente en el suelo idóneo de nuestra península; fiel representante de la sociedad que la dió el ser, es como un vasto panorama de escenas y costumbres que pasaron para no volver mas; modificada segun los países y las épocas, tomando varias y múltiples formas y acomodándose á las circunstancias, tropezamos con ella en el teatro, en el púlpito, en las calles. Una literatura, pues, que tan poderosamente ha influido, que tan ópimos frutos ha dado en España, bien merece ser estudiada á fondo y que se salven del olvido los escasos vestigios que de ella quedan. Consideracion es esta, que aparte de otras muchas, nos ha movido, aunque con la desconfianza que es consiguiente, á sacar á plaza nuestras propias opiniones en la materia; así como tambien á reunir en forma de catálogo razonado las noticias criticas y bibliográficas que acerca de este ramo importante de nuestra literatura nacional hemos logrado adquirir. Los eruditos podrán rectificar aquellas; estas, á no dudarlo, serán aumentadas por los aficionados á este linaje de libros, y á nosotros nos habrá cabido la satisfaccion de consagrar unas cuantas páginas al examen de un punto literario importante y nacional.

CATÁLOGO RAZONADO

DE LOS

LIBROS DE CABALLERIAS

QUE HAY EN LENGUA CASTELLANA Ó PORTUGUESA, HASTA EL AÑO DE 1800.

CLASE PRIMERA.

LIBROS DE CABALLERÍAS DEL CICLO BRETON.

BALDO (EL CABALLERO) Y BURLAS DE CINGAR.

(Véase REINALDOS DE MONTALVAN, cuarta parte.)

LANZAROTE DEL LAGO

La Demanda del sancto Grial. Con los maravillosos hechos de.... y de Galaz su hijo. Al fin: «Aquí se acaba el segundo y postrero libro de la Demanda del sancto Grial, con el baladro del famosísimo profeta y negromante Merlin con sus profecías. Hay por consiguiente todo el libro de la Demanda del sancto Grial, en el qual se contiene el principio y fin de la Tabla Redonda y acabamiento y vidas de ciento y cinquenta caballeros compañeros della. El qual fué impresso en la imperial ciudad de Toledo, por Juan de Villaquiran, empressor de libros. Acabóse á diez dias del mes de octubre, Año del nascimiento de nuestro redemptor y salvador Jesu Christo, de mill y quinientos y quince años» (1515). — Fólío, letra de Tórtis, á dos columnas, 194 hojas.

Biblioteca Grenvilliana, en el Museo Británico. Clemencin, en sus *Notas al Quijote* (II, pág. 457), se inclina á creer que existe un libro impreso de Lanzarote del Lago, distinto de este; pero si hubiera tenido á mano las ediciones que de él hemos visto, hubiera caído en cuenta que la *Demanda del santo Grial* y el *Lanzarote* son una misma obra.

La demanda del sancto Grial con los maravillosos hechos de Lançarote y de Galaz su hijo.—Fólío, letra de Tórtis; en el frontis, lámina grabada, que representa al Salvador saliendo del sepulcro. Al fin: «Aquí se acaba (sic) el primero y segundo libro de la Demanda del sancto Grial, etc.; el que fué impresso en la muy noble y leal ciudad de Sevilla, y acabóse en el año de la Encarnacion de nuestro redemptor Jesu Christo de mill e quinientos e treinta e cinco años. A doce dias del mes de octubre MDXXXV» (1535).

Consta todo el libro de 194 hojas, y ocho mas de tabla, sin foliacion. (Biblioteca del colegio de abogados de Edimburgo; antes del marqués de Astorga.)

MERLIN.

El Baladro del sabio Merlin. Al fin: «Fué impresa la presente obra en la muy noble e mas leal cibdad de Búrgos, cabeça de Castilla, por Juan de Búrgos. A diez dias del mes de febrero del año de nuestra saluacion de mill e quatrocientos e noventa e ocho años» (1498).

El único ejemplar que de este rarísimo libro hemos visto lo posee el señor marqués de Pidal.

Merlin y Demanda del sancto Grial.—Sevilla, 1500, fólío, letra de Tórtis, á dos columnas.

Edicion citada por Moratin, Diosdado, Nicolás Antonio. Otras dos partes, segunda y tercera, debió haber de este libro, pues entre los de la Reina Católica se halla citado un manuscrito con el siguiente título: *La tercera parte de la Demanda del sancto Grial.*

SAGRAMOR.

(Véase SEGUNDA TABLA REDONDA.)

SEGUNDA TABLA REDONDA.

Triunfos de Sagramor em que se trataõ os feitos dos ca-

valleiros da segunda Tavola Redonda. Por Jorge Ferreyra de Vasconcellos.—Coimbra, por Joaõ Alvares, 1554; fólío, letra de Tórtis, á dos columnas.

Memorias das proezas da segunda Tavola Redonda.—Coimbra, 1567, 4.º

Libro citado por De Bure y por Quadrio, y que vimos en Lóndres, fálto de hojas. Es en prosa y verso. Barbosa cita este mismo libro con el título algo aumentado, y añadiendo que es en fólío, en lugar de 4.º *Memorial das proezas dos cavalleiros da segunda Tabla (sic) Redonda.*

TABLANTE Y JOFRE.

La crónica de los nobles caualleros.... de Ricamonte y Gofré (sic), hijo de Donason.—Toledo, 1515, 4.º, letra de Tórtis.

Salvá (*Repertorio Americano*, IV, pág. 67) es el único bibliógrafo que menciona esta edicion, citando el *Catálogo* de don Mariano Romanis, de Roma, para el año de 1825.

La Cronica de los nobles caualleros.... de Ricamonte e de Jofre, hijo de don Asson, e de las grandes aventuras e hechos de armas que uvo yendo a libertar al conde don Milian, que estaua presso, como en la crónica siguiente parescerá, la cual fue sacada de las cronicas e grandes hazañas de los caualleros de la Tabla Redonda. Al fin: «Fenesce la coronica de los nobles caualleros.... nuevamente impresa en Toledo. Acabóse á xx e ix dias de noviembre, año de mil e quinientos e veynte e seys años» (1526).—4.º, letra de Tórtis, de 48 hojas.

Biblioteca Imperial de Viena.

La coronica de los notables cavalleros.... La qual fue sacada de las coronicas francesas, por el onrrado varon Felipe Camus, y agora nuevamente impressa en la ciudad de Sevilla.... en la imprenta de Juan de Leon, año de mil y quinientos y noventa y nueve (1599).—4.º, letra de Tórtis, de 99 hojas no foliadas.

Catálogo De Bure, núm. 946.

La Chronica de los muy notables, etc., compuesta por Nuño de Garay.—Alcalá de Henares, en casa de J. Gracian, 1604, 4.º, de 45 hojas.

Esta es la única edicion del *Tablante* en que aparece el nombre de Garay, quien, al compilarla de la crónica francesa de Turpin, atribuyó el original de ella á Felipe Camus. Solo así se explica la mencion que de él hace la impresion de 1599, y el error de Nicolás Antonio, quien incluyó á Camus entre los escritores españoles.

La Cronica, etc.—Sevilla, 1629, fólío.

Nicolás Antonio.

TRISTAN DE LEONIS.

Libro del esforzado cavallero don.... y de sus grandes hechos en armas.—Valladolid, 1501, fólío, letra de Tórtis, á dos columnas.

No hemos logrado ver esta que se dice primera edicion del *Tristan*, y se halla mencionada en el *Catálogo* de Ebert, bajo el número 25,101.

Libro del esforçado cauallero. etc.—Sevilla, en casa de Juan Cromberger, 1528, fólío, letra de Tórtis, á dos columnas.

La noticia de esta edicion nos ha sido remitida por don Pedro Salvá, de Valencia.